

I

ANTES, AFUERA, tenía otro nombre. Aquí, adentro, sólo soy Rodillas Gastadas.

En el cine, el director se limita a cortar la acción tan pronto llega el fotograma improbable en el que todos se sienten felices y dicharacheros, ocultándonos miserablemente cómo todo comienza a torcerse de nuevo tan pronto la cámara cierra el diafragma y marcha a importunar a otro. Pero esto no es el cine.

Aquí, adentro, no hay principios ni finales. Ni felices ni de ninguna otra clase. Sólo la continuidad malsana del que espera que aparezca algo por lo que merezca la pena esperar.

Es martes. Día de correo.

Los días de correo siempre me deprimen. Abrir el correo y deprimirme es todo uno y sin embargo recojo mi correo. Acto seguido, abro mi correo. A continuación: lo leo.

Aquí, adentro, no hay demasiado donde elegir. La misma rutina que te salva de volverte loco terminará por volverte loco. Incluso ir a recoger el correo puede matar a un hombre.

Cartas que explotan antes de abrirlas, días que se repiten con total impunidad. Añoraría el correo si me lo prohibieran, lo maldeciría si me lo decretaran obligatorio.

Como no tengo otra cosa mejor que hacer, recojo mi correo, lo abro. Lo leo.

Mi correo viene, como de costumbre, bien nutrido. Antes, afuera, apenas recibía correo. Casi todo mi correo, antes, afuera, era un correo despersonalizado. Facturas y publicidad, poco más. También una vez abierto me deprimía, ese correo.

Antes.

Afuera.

Había tantas otras cosas que hacer. Tanto donde elegir.

Yo elegía abrir mi correo.

¿Ves adónde quiero ir a parar?

Yo no mucho.

Es martes. Rutinariamente recojo el correo. Lo abro. Lo leo.

Veamos: dos organizaciones neofascistas me describen con todo lujo de detalles el tormento al que me someterán si algún día me sueltan. Una de ellas incluso ha pedido formalmente mi indulto al gobernador. Me adjuntan una fotocopia de la solicitud grapada a un folio membreteado con un aguilucho.

Veamos: un anarquista que asegura estar de mi parte promete sacarme pronto volando todo el flanco Este de la prisión con una bomba casera. En el mismo sobre: panfletos de colores clamando libertad, pegatinas deificando a la primera letra del alfabeto, un dibujote con pocas luces y poca gracia.

Veamos: un marica fascinado por mi caso y por mi persona dice querer felarme hasta que se le ampollen los labios. En Texas no quieren maricas. Él es marica y de Texas, ni en su casa le quieren. A pesar de eso, o precisamente por eso, dice, está más que dispuesto a chupar.

Hijo de mala madre, me llama mi hermano, y más abajo en la carta me reprocha todo el daño que le he hecho a mamá. A continuación, siete folios más de impropio desatado.

Ahora no, por favor.

Ahora no.

El desfile de misivas prosigue. Veamos: seis desvaríos ensobrados más de seis perturbados de las más diversas edades, etnias y sexos. Uno de ellos dice adjuntarme una sogá para que, según sus propias palabras, me decida de una vez. La caja, naturalmente, está vacía. Su contenido ha sido confiscado por el servicio de correos de prisión.

Así están las cosas: todos y todas me quieren muerto.

Yo mismo me quise muerto durante años. Durante casi toda mi vida, me quise muerto. Únicamente quería quitarme de en medio.

Ahora que me quieren muerto, yo ya no me quiero muerto.

Ahora que el gobernador ha firmado la pena capital, de pronto la ejecución inminente me molesta como un chicle pegado en el pelo. Ahora que apenas queda ya chicha que morder me ha entrado hambre de vivir.

El menú está de antemano prefijado.

Ni el más famélico se lo llevaría a la boca, ese menú.

Metajusticia de primero, muerte de segundo y castigado sin postre, dice ese menú.

Hora de echarse una siesta en la silla, dice el decreto firmado por el gobernador.

El corredor de la muerte, ¿has oído hablar de él?

Seguro.

Anda lleno, estos días, el corredor. Hay overbooking, en ese corredor. Demasiadas gentes a las que dar el pasaporte y escasez de visados. La burocracia no trabaja tan aprisa como le gustaría a la silla.

Se me acumula el trabajo, dice esa silla.

Tú calladita que no se te paga para pensar, le responden los funcionarios.

Es la estrella absoluta de la escena, esa silla.

Le sientan a sus congéneres para que les haga cosquillas con su lengua eléctrica, esos funcionarios.

Actúa según se espera de ella, esa silla.

Es la cumbre absoluta de la pornografía mamífera, esa escena.

Si cae en domingo, la retransmiten por cable justo después de la misa, esa escena.

No tiene la menor gracia, lo sé. Es el gran drama del humor carcelario.

Firmado quedó el decreto y ahora espero y espero lo que ya no quiero. Durante la espera se me ha ofrecido acogerme a un programa piloto diseñado por el Estado.

Soy yo quien lo pilota, ese diseño.

Son otros quienes se lo disputan, su control.

Forcejeando por la posesión de los mandos amenazan con aplastarme contra la silla, a cada volantazo.

Entretanto, hago novillos del corredor y me integro entre los demás reclusos hasta que la silla me desintegre. Un muerto viviente caminando entre los heridos de muerte. Régimen especial para Rodillas Gastadas hasta que el pasillo se vacíe un poquitín. Posibilidades de indulto por buen comportamiento. Un peón tullido que ejerce de ficha única en la partida que se disputan una psiquiatra con ambiciones y un comité penitenciario empachado de viejas estructuras.

Mueve maquinalmente, ese comité penitenciario.

Chirrían como grúas forzadas a actos contra natura, sus extremidades.

Juega a encarnar al bando de los humanos, esa psiquiatra.

Sólo le intereso en cuanto trampolín para propulsar su carrera a la estratosfera, a esa psiquiatra.

Entretanto, ando en cuerpo entre los reclusos ordinarios con el espíritu ya firmado por la silla. Entre pinto y valdemoro. Pinto es un machete tan afilado que duele mirarlo. Valdemoro, un muro de cemento.

El forcejeo prosigue y yo leo mi correo.

Nada de facturas. Todo es gratis aquí, adentro, excepto todo lo más esencial e imprescindible. Nada de publicidad. Los únicos productos que tienen mercado aquí, adentro, se fuman o se chutan en la vena.

O caminan.

También a un hombre se le puede consumir, si se le apurara.

Paulatinamente o de repente.

Sorbiéndole con una pajita o de un certero bocado.

Depende.

Todo el correo que recibo es un correo altamente personalizado, aquí, adentro. Mi nombre figura escrito de puño y letra en cada uno de los sobres.

Rodillas Gastadas, no.

Utilizan mi viejo nombre.

Se me rompen cosas dentro, cuando leo ese nombre.

Crujen como cáscaras de huevo bajo la bota, esas cosas.

Crepitan como cubitos de hielo arrojados a la sartén, esos crujidos.

Hiela y quema como las malas noticias, ese nombre.

Veamos: una empleada de una panificadora me cuenta que desde que se ha puesto a reunir firmas para que me indulten, su marido no le dirige la palabra. Pronto se va a ver obligada a claudicar, si su marido no le reanuda la palabra. Me pide disculpas anticipadas por su probable renuncia a la reunión de firmas, esa mujer. Me adjunta una foto en la que se la ve sentada en un columpio, esa mujer.

Acaba en la papelera junto con otra media docena de cartas de chiflados, esa mujer.

Veamos: una carta de amor.

Como suena. No me lo estoy inventando. Carmín en el sobre.

Querido Walter, así comienza esa carta de amor.

Walter es el nombre que me daban antes, afuera. Antes, afuera, alguien gritaba Walter y yo me volvía y, a veces, incluso resultaba que estaban dirigiéndose a mí.

Ahora, adentro, soy Rodillas Gastadas. Cuando alguien por los corredores de prisión grita: eh, Rodillas Gastadas, yo jamás me vuelvo.

Hasta que se me presiona un poco. O hasta que llegan las amenazas.

Entonces aprieto los párpados y los labios. Entonces, me vuelvo.

Cuando alguien se dirige a mí aquí, adentro, es que quiere que le haga cosas. O quiere hacerme cosas. Quiere, en definitiva, que nos hagamos cosas.

Generalmente en las duchas. O en otros lugares, según. No me parece que haya necesidad de ser más explícito.

El trato es este: si rehúso estoy muerto.

No es un trato justo. Tampoco lo es la vida y se la vive. De modo que hago cosas. Todo cuanto se me pide. Me someto a actos impensables para Walter.

Pura rutina, para Rodillas Gastadas.

Querido, Walter, nos recuerda la carta invocando al pusilánime.

Walter traga saliva antes de seguir leyendo. Así de débil es, Walter.

No como Rodillas Gastadas, que se ha hecho fuerte a base de tragar y tragar.

Duro y seco como una piedra, así es Rodillas Gastadas.

No brota gota, por más que se le exprima, a Rodillas Gastadas.

Walter quiere vivir. En consecuencia Rodillas Gastadas hace cosas. Estímulo y respuesta, causa y efecto, todo está en los libros. Se actúa de acuerdo con las necesidades, se cierran compromisos. Se sigue vivo.

Las morales quedan fuera de cuestión. Los orgullos son para blandirlos cuando se estrena coche. No hay coches ni orgullos, aquí, adentro.

Eh, Rodillas Gastadas, acércate por aquí que ando empalmado.

HaHaHaHaHaHaHa.

Me hago el sordo y focalizo en la carta. Recomienzo desde el principio para leerlo de nuevo, mi nombre.

Suena como algo frágil cayendo por unas escaleras, ese nombre.

Querido Walter:

Lo que hiciste fue terrible, es cierto, dice.

Todas las veces que te he visto en televisión, sin embargo, hay algo en tus ojos que me conmueve profundamente, dice.

Habla de mis ojos durante tres párrafos. Me gustan las cosas que dice de mis ojos. Nadie querría oírlas, esas cosas. Nadie está ya por lo cursi. Ya sabemos cómo termina en el Mundo Real, lo cursi.

Lo has pasado mal y se nota, dice.

Se lee en tus ojos y los ojos no mienten, dice.

Todos lo pasamos mal casi todo el tiempo, ese es el problema, dice.

Todo es un desengaño constante e ininterrumpido, dice.

Todo lo que no nos decepciona al principio, termina decepcionándonos más adelante, dice.

Todo lo que permanece largamente sin decepcionarnos también termina decepcionándonos al final, dice.

Tú y yo hemos visto unas cuantas cosas, ¿verdad?, dice.

Terminaste haciendo cosas que no querías, eso es todo, dice.

Todos terminamos haciéndolas, corrígeme si me equivoco, dice.

Si hay cosas que no nos defraudan, ello se debe únicamente a que no vivimos lo suficiente para darles tiempo a que nos defrauden, dice.

En el pasado he considerado a menudo abrirme una arteria principal como opción, dice.

Atajar el gran fraude a tajo limpio, sabes, dice.

En última instancia siempre hallaba un motivo que me disuadiera. Si exceptuamos aquellas tres veces, dice.

Ahora estoy mejor, gracias, dice.

Aquí habla un poco más de mis ojos. Nadie me había hablado así de mis ojos. Nadie me había hablado jamás de mis ojos, en realidad.

Cuatro ojos en el colegio, pero eso no cuenta.

Es todo bastante complicado, dice.

Hablo en general, dice.

Deberías ver mis ojos, dice.

Mis ojos te gustarían, dice.

A mí, los tuyos me gustan, dice.

No te conozco y a pesar de todo puedo echarte de menos, dice.

No te conozco y a pesar de todo puedo echarte de menos, releo.

No te conozco y a pesar de todo puedo echarte de menos, subrayo más tarde con el bolígrafo que le he pedido al celador.

Te quiere, añade al final, coma.

Firma: Cindy.

Letra femenina, curvilínea, ondulante.

Me recuesto en la litera. Me abrazo a mi almohada. La moldeo según lo que imagino unas formas femeninas perfectas. Entonces la abrazo demasiado fuerte y arruino mi trabajo, según mi costumbre.

Estoy temblando. No sé muy bien a qué viene esto.
Nadie me ve temblar, pienso mientras tiemblo.
Estoy muy solo, pienso en mi soledad.
Siempre he estado muy solo.
Por elección propia, me decía a mí mismo antes, afuera.
Pero esas cosas no se eligen.
¿Quién querría hacer una elección así?
Sencillamente: se encaja o no se encaja.

II

NADA SUENA MEJOR que el chasquido de una puerta al abrirse, aquí, adentro.

Hora de patio. Dos carceleros recorren la galería abriendo una por una todas las puertas correderas.

Eh, Rodillas Gastadas, ¿quieres un polo de carne?

Suelto la almohada. Queda tendida sobre la litera como el cuerpo sin vida de un amputado, esa almohada.

Salgo.

Hago cosas. Me veo obligado a hacerlas.

Walter es débil. Todavía quiere vivir.

Rodillas Gastadas es fuerte. Tanto le da vivir como lo contrario.

Ambos comparten armazón. Queda por determinar quién es aquí parásito y quién anfitrión.

La vieja historia de la manzana podrida contagiando podredumbres a las compañeras. Queda por determinar cuál de los dos ejerce de putrefactor.

Se ha dado cuenta de que no es tan fuerte como creía, Rodillas Gastadas, desde que leyó aquella carta. Fluctúa como un dedo sobre el interruptor nuclear, Rodillas Gastadas. Se agrieta como una mala cosa. Tiene sed de agua de mar, la cabeza desordenada y la cama sin hacer, en eso se parece a Walter.

¿No es un poco tarde para andarse con sentimentalismos? Si Rodillas Gastadas se quiebra definitivamente, Walter estará listo.

Todo esto me digo mientras hago cosas. Tal vez sea Rodillas Gastadas quien las hace, tal vez sea Walter.

Tan confusos se han vuelto nuestros papeles y nuestras competencias desde que leímos aquella carta.

La imagen que me devuelve el espejo del baño no deja lugar a dudas.

Rodillas Gastadas nunca pondría esa cara.

De vuelta a mi celda, me consuelo arropándome entre caligrafía femenina. Los párrafos se arremolinan en un torbellino de empatías que de pronto ya no me es posible sortear.

Me incorporo y, recostándome contra la pared, llamo al celador. Pido un bolígrafo y una cuartilla en blanco.

Bajo la mirada atenta de mi guardián, mordisqueo largamente el capuchón antes de comenzar a escribir. Recostado contra la pared, el sicario supervisa que no cometa alguna locura con el bolígrafo.

También puede matar, un bolígrafo.

Todo puede matar, ese es el gran problema.

Sólo es cuestión de empeño, o de oportunidad. O de empeño y oportunidad.

El fin está próximo, pero a pesar de todo me las apaño para dejar de mordisquear y comenzar a escribir:

Querida Cindy, coma.

III

COME, RODILLAS GASTADAS.

Sí, señor.

Rodillas Gastadas, le dicen, qué bobos. No se han dado cuenta de que Walter le asoma ya por debajo del dobladillo.

Es miércoles. Día de visita.

Los días de visita siempre me deprimen. Raramente tengo visita mientras que, por el contrario, los otros reclusos generalmente sí tienen visita. Eso me aniquila. Hoy tengo visita. Recibir la noticia de que mi hermano viene a visitarme y sentirme profundamente aniquilado es todo uno. Sin embargo, cuando me llaman al encuentro, acudo sin más.

¿Ves adónde quiero ir a parar?

A mí me está costando.

Su voz reverbera metálica a través del micrófono que nos permite comunicarnos a través del cristal blindado.

Monocorde y sin picos. Robótica.

Mamá ha muerto, dice.

Una embolia, dice.

El disgusto, malnacido, los disgustos que le has dado.
Los disgustos que nos has dado, malnacido, dice.

Tú la has matado, dice.

Espero que estés satisfecho, dice.

Se vuelve y camina hacia la salida dejando como souvenir un escupitajo que, lentamente, escurre cristal de seguridad abajo.

Con mueca de fastidio, el vigilante de la entrada se acerca al cristal y lo limpia con un pañuelo desechable. Sentado al otro lado, le miro limpiar como quien trata de desentramar el argumento de un programa de televisión surreal e incomprensible. Entonces el vigilante de la entrada se apercibe de mi presencia y me despacha con un gesto de cabeza.

Sólo se lee disgusto y repulsa, en ese gesto.

Largo, basura, dice su mirada.

Me levanto. Me marchó de allí.

Eh, Rodillas Gastadas, ven para acá que esto tan duro que tengo aquí no te lo vas a querer perder.

Así es la máscara de guerra de Rodillas Gastadas: párpados prietos y labios prietos sobre un fondo encarnado.

Me concentro en ponerle un bozal a la realidad, tan afilada.

Me sujeto los hombros tratando de contener el proceso de despiece, tan avanzado.

Una vez da inicio, ya no cesa nunca, ese despiece.

Da comienzo siempre a edades tempranas, ese proceso.

En adelante perder sujeción y caer a piezas es todo uno.

Las piezas las recogen y las cargan con pala en el carrusel de las angustias. La locomotora ronronea y silba antes de arrancarse a chocar contra las paredes del cráneo.

Viajeros al tren, dice ese silbato: salida inminente.

Vroom, Vroom, dice ese ronroneo.

Allá vamos.

IV

EH, RODILLAS GASTADAS, me dicen por aquí que ya no muerdes pero que te acuerdas bastante bien de cómo chupar.

Vaya que si mordí. Tanto me cosieron a bocados que finalmente mordí. Al parecer llevaba hambre atrasada, es por eso por lo que estoy aquí. Por tiburón.

Walter es débil, pero si nadie nota que Walter es débil, Walter deja automáticamente de ser débil.

Al movimiento se lo demuestra andando o moviendo la aleta dorsal. A la fortaleza se la demuestra a dentellada limpia.

Tras mi ingreso en prisión mordí unas pocas veces más. Pero sobre todo y por encima de todo, me mordieron. Vaya que si me mordieron. Y bien.

Walter jugó el papel de duro y a Walter se le vio el plumero, qué listo.

Un actor mediocre, este Walter. Y aquí el público te juzga con más dureza que afuera. Es público exigente, este de aquí, adentro. No hay lugar para fantoques aficionados, aquí, adentro.

Walter mordía. Entonces a Walter le rompieron varias costillas y se llevó un navajazo que por poco se lo lleva al otro barrio.

En adelante, Walter ya no mordió más. Se sacó la dentadura y la guardó en un vaso lleno de mansedumbre, nuestro Walter.

Desde entonces renunció a los mandos y cedió el control a Rodillas Gastadas, nuestro Walter.

Utiliza la boca con otros fines, Rodillas Gastadas.

Rodillas Gastadas se somete. Servicial y complaciente, la alegría del vecindario, chico fácil para los días difíciles.

Rodillas Gastadas no chista. Hace y calla. Todo a cambio de evitarse una zurra.

O un navajazo.

Y sobrevive, que no es poco.

Rodillas Gastadas. Ese sí es un duro de verdad. No un chulo de escaparate. Hace todo tipo de cosas y ni pestaña.

Nada le afecta, a Rodillas Gastadas.

Se lo guarda todo bien adentro, en un rincón.

Huele que apesta, en ese rincón.

Walter, menudo un duro de pega. Casi nos mata a los dos.

Estate por la faena, dicen en las duchas dirigiéndose a alguien que no soy yo.

Soy yo quien lo acusa, el tirón que le dan en el pelo.

Sí, señor.

V

A VER SI GUARDAMOS silencio por ahí atrás.

Sí, señor.

Martes otra vez.

Todos hacemos tiempo en la sala de televisión a la espera de la hora del correo. Con el extremo de un fósforo me saco el luto de las uñas. Otros fuman. Otros se recolocan el escroto. Otros miran las musarañas. Otros se repasan el trazado de los tatuajes con el dedo. Otros mandan sus legañas a paseo.

Lo que hacen los otros siempre parece más divertido, sólo que todos somos los otros.

En el informativo, una noticia en referencia a la evolución del caso, al recurso que acaba de presentar mi abogado.

De tristemente célebre, me tildan en el noticiario, pero en realidad hacía tiempo que no me sentía tan feliz.

Saber lo que quieres y estar feliz es todo uno.

Obtener lo que quieres y que la tristeza regrese es todo uno.

Todo es un desengaño constante e ininterrumpido. Y son palabras de Cindy.

¿Ves adónde quiero ir a parar?

Yo, así así.

A las cinco llega el correo. A las cinco y cinco un carcelero deposita en mi mano varios sobres que me apresuro a barajar como un tahúr. Presa de una fiebre que cura la rutina, me descarto apresuradamente de las cartas bajas hasta dar con el as.

Letra femenina, curvilínea, ondulante.

Le barre el tedio al martes, esa letra.

Cindy.

A un lado quedan los sociópatas, los chiflados, los adolescentes, los izquierdistas, los derechistas, las taradas, los nazis, los maricas, los responsables, los irresponsables, los concienciados, los sin conciencia, los evangelistas y los adoradores de Satán. Cada uno de ellos ha invertido su tiempo en perderlo conmigo. La papelera es un rincón sucio y atestado.

Hoy elijo no abrir mi correo.

Yo. Mi propia elección.

Finalmente algo mejor que hacer.

Ahora estoy mejor, gracias, y son palabras de Cindy.

Leo muy lentamente, para hacérmelo durar: Querido Walter, dice.

Tu carta me ha llegado tan hondo, dice.

Tal vez vaya a visitarte, dice.

Tal vez veas mis ojos, dice.

Leo lento.

Dura poco.

VI

OTRO DÍA ALCALINO. El miércoles aquí, adentro, es otra pila de larga duración.

Eh, Rodillas Gastadas, ¿tal vez quieras casarte conmigo? Sé mi mujercita por un rato. Déjame ver tu anillo.

Estoy en el baño. La hora de visita linda en el tiempo con un futuro muy lejano.

El Ameba se pincha y luego se pone a trabajar en el tema. Suda el sudor maloliente que sudan quienes colman su adicción sólo a medias.

Cindy.

También un nombre puede provocar adicción.

Todo es una adicción constante e ininterrumpida. Al caballo, a la botella, a un empleo, a un proyecto, a una mujer. A un ritual o a una rutina, es lo mismo.

La adicción nos proporciona foco. Un hombre sin foco es un hombre muerto y aniquilado. Eso lo sabe todo el mundo.

Un hombre que no quiere nada, termina también sin querer vivir.

Hasta respirar, aborrece ese hombre.

El que no consigue focalizar en nada de forma natural y espontánea, se lo consigue artificialmente, ese foco.

Viene en papelinas o en piedras o embotellado, ese foco.

A partir de ese momento, ese hombre ya quiere algo. Puede por tanto seguir viviendo, ese hombre.

Se respira más a gusto, con un foco.

Un hombre que quiere un cigarrillo es un hombre salvado.

Es importante elegirlas bien, a esas adicciones.

Son para toda la vida, esas adicciones.

Aun abandonadas años atrás, todavía se nos acercan de vez en cuando y nos golpean en los riñones con palos duros.

Hacen migas las entrañas, esos palazos.

¿Qué pasa conmigo?, dicen esas adicciones.

¿Es que ya no me quieres?, reivindican esas palizas.

Me miro la cara en el espejo del baño. La conozco bien, esa cara. Caras dondequiera que mires, aquí, adentro.

Pronto totalizarán siete billones de caras, allí, afuera.

Nos pasamos la vida pegados a una de ellas pero no nos basta con la nuestra. Una raza de adictos al jetamen muriéndose de ganas de encararse, adentro y afuera.

Cinco horas para la hora de visita.

Cindy.

Cinco horas y tal vez se me conceda poder ser adicto a una imagen en vez de solamente a un conjunto de vocales y consonantes.

Y a sus palabras, tan bellas.

Son casi suficiente. Pero no del todo. Nada lo es.

Una voz dice: ¿Por qué últimamente te pillo siempre mirándote al espejo, Rodillas Gastadas? A ver si va a resultar que te nos has vuelto presumida.

HaHaHaHaHaHaHa.

Alguien bombea ahí atrás.

Muy a lo lejos.

Casi en otro mundo diferente.

VII

EL DÍA DE VISITA ES el día diferente por antonomasia aquí, adentro. El mejor de los días.

La pregunta es: ¿comparado con qué?

Walter Pacifico, tienes visita, dice el carcelero abriendo la puerta corredera de mi celda.

Suelto la almohada y me bajo de la litera en una pirueta que casi me cuesta la nuca. El cuerpo no me responde. Mi cabeza cortocircuitada le manda señales en un código que ya no puede comprender, ese cuerpo.

Zumba como un tubo fluorescente defectuoso, esa cabeza.

Las formas y colores relucen con un fragor que se reserva para los viajeros del ácido, bajo esas señales.

Quisiera que esto saliera bien.

No sabría definir a qué me refiero cuando hablo de *esto*.

Esto termina por ser *aquello* tan a menudo que ya ni nos sorprendemos. Sin duda al otro lado del cristal blindado me aguarda mi hermano el furibundo, con siete días de bronca en

el cargador de las meninges y el percutor bucal a punto de caramelo.

Cindy está afuera. Yo, adentro.

Esto puede ser un problema y de nada sirve huir de los problemas.

Tienen amigos en todas partes y un código de honor propio, esos problemas. Nadie sabe cómo lo hacen, pero siempre terminan por dar contigo, esos problemas.

Tal vez fuera mejor quedarme en la celda. Darle definitivamente el pasaporte a Walter. Erigir en trono permanente a Rodillas Gastadas.

Duro. Inconmovible. Pura piedra.

Compartimos cara. Pero los ojos de Rodillas Gastadas no son los ojos de Walter. Los ojos de Rodillas Gastadas no dan para escribir tres párrafos. Los ojos de Rodillas Gastadas sólo tienen una frase guardada para quien los mira:

Todo me la suda, dicen esos ojos.

Quisiera que esto saliera bien, dice Walter.

Quisiera abandonarme en la celda y olvidarme de todo de una santa vez, dice Rodillas Gastadas.

Quisiera recordar cómo era todo antes del despiece, dice Walter.

¿Ves adónde quiero ir a parar?

No lo estoy poniendo nada fácil, lo sé.

Me siento frente al cristal blindado. Arriba, cruzo las manos. Abajo, mis pies juguetea. Mis pies dan poco juego. Sólo dan para juegos aburridos, esos pies. Harían quebrar a cualquier parque de atracciones, esos juegos.

Junto a mí, un hombre hecho y derecho sostiene una conversación con su madre.

Gimotea como un perro herido, ese hombre.

Me conmueven como si los estuviera pariendo yo, sus gimoteos.

Me crisan y me asquean como productos manufacturados para exigir y herir, sus gimoteos.

Lo cómodo que es mirar siempre por la misma lente y el cerebro que se empeña en cambiármela constantemente, esa lente.

Así me luce el pelo, con tanto cambio.

La puerta se abre y hace entrada una figura femenina.

Femenina, curvilínea, ondulante.

Mi hermana. Mary.

Walter, dice, ¿cómo estás? Y sonrío bondadosamente.

Gesticulo con la cabeza. Así así, dice mi gesto. No me resulta nada fácil, ese gesto, ahora mismo. Respirar es una faena, ahora mismo.

Ya sabrás lo de mamá, claro, dice.

Otro gesto de cabeza. Otro calvario de bolsillo.

Pobre mamá, dice.

Habría preferido que te enteraras por mí y no por Norbert, dice.

Quise venir en su lugar, pero me fue imposible venir en su lugar, dice.

Norbert está muy alterado, dice.

Le dije que no era una buena idea que viniera a verte, así, alterado, dice.

No arreglarás nada, Norbert. Estás demasiado alterado, le dije, dice.

Alterado como estás, sólo harás que empeoren las cosas, le dije, dice.

Has estado bebiendo de nuevo. Apesta como una destilería, le dije, dice.

Las cosas ya están bastante mal como están, le dije, dice.

Me mandó a paseo y vino, claro. Pero eso ya lo sabes.

Mamá y él estaban muy unidos. Pero eso ya lo sabes.

Ahora anda fuera de sí. Te culpa, dice.

Yo, en cambio, no te culpo, dice.

Dadas las circunstancias, la embolia ha sido lo mejor que le podía pasar a mamá, dice.

Estos hijos míos me tienen atormentada desde que me levanto de la cama por la mañana hasta que logro conciliar el sueño por la noche, decía mamá siempre, dice.

Sin hijos tampoco sé qué habría hecho yo en esta vida, decía mamá siempre, dice.

Ahora por fin mamá no tiene ya que preocuparse más de nosotros, dice.

La embolia ha representado una liberación para mamá, dice.

Norbert está bebiendo de nuevo. Me preocupa, dice.

También tú me preocupas, dice.

Al menos ya no tengo que preocuparme por mamá. También la embolia ha representado una liberación para mí, dice.

Al silencio que se nos ha venido encima a continuación ya no hay quien lo pare. Sólo se ve alterado por el llanto de mi hermana y por los gimoteos del hombre hecho y derecho que tengo a mi derecha.

Afuera, en la ciudad, las parejas copulan obcecadas en alimentar la hilera de llorones. Celebran su llegada al mundo con una buena rabieta, todos esos llorones.

Hasta pronto, Walter, cuídate, dice mi hermana levantándose de su asiento.

Sentado tras el cristal blindado, la veo salir fuera de campo como conclusión a otro episodio de la televisión más absurda del planeta.

Una mano me pinza la clavícula indicándome que es hora de que me vuelva a mi cubículo.

Más tarde, en la sala de televisión pido papel y bolígrafo.

Mary, coma, escribo. Pero de pronto no sé cómo seguir.

Mary, coma, tacho.

VIII

CADA DÍA NO ES más que un borrón ilegible.

La semana más larga, si sabes de qué te hablo, tiene aquí carácter cíclico.

Los días, aquí, adentro, se estiran que no veas.

El araño de las horas que pasan porque sí. No hay pomada que te lo cure, ese araño.

Nos facilitan cursos y actividades para anestesiarlo, a ese araño.

Yo mismo estuve apuntado a varios. Ahora ya no estoy apuntado a ninguno.

Ya desde el principio me sentí incapaz de sentir el más mínimo interés por ninguno de los cursos y actividades a los que me apunté. Salí siempre escocido y defraudado, de aquellos cursos. Salí siempre abominando, de aquellas actividades.

Tuve que borrar me de aquellos cursos antes de que los cursos me borrarán a mí.

Un fiambre cultivado crepita exactamente igual que un fiambre iletrado, en la silla. Nadie sabría distinguir al sabio del patán por el olor a pollo frito que desprende el estorbo resultante, tras la silla.

Toma al más listo y al más tonto. La silla actúa, ¿qué obtienes?

Dos fardos de carne humeante, eso obtienes.

De un modo u otro siempre obtienes dos lápidas muy parecidas. No es de extrañar. No hay industria más inmovilista que la industria funeraria. Los parientes están demasiado doloridos para andarse con exigencias, los sepultureros demasiado atareados contando dinero. Los muertos como si no estuvieran. Lo poco que aprendieron en vida se les ha olvidado.

El único curso que muchos renuevan y en el que apenas hay bajas es el curso de cestas del pabellón psiquiátrico.

Yo mismo estuve apuntado a ese curso. También me borró el programa piloto, de ese curso.

Era bueno, haciendo cestas. Habría podido ser el mejor artesano de la cesta de toda la penitenciaría.

Artesanos penitenciarios, buen tema para un telefilme de éxito. Lo a al espíritu de autosuperación y apología del sacrificio. Justo antes de los créditos, la silla actúa y ya tenemos un cadáver al que llorar.

¿Ves adónde quiero ir a parar?

Pregúntale a cualquiera del pabellón psiquiátrico, allí te lo explicarán mejor.

Ahora no curso ningún curso. No curso actividades de ninguna clase, ahora.

Ahora puedo echarme en la litera y contar las arañas del techo. Pasear por el patio, ese tipo de cosas: frotarme contra el tiempo. Darle y darle a la cabeza.

¿Preparado, Rodillas Gastadas?

De este curso también intenté borrararme. A cambio, recibí una negativa y un navajazo de aviso. Entonces sí aprendí por fin algo.

A ser duro por dentro. Eso aprendí. Pura piedra.
¿Listo, Rodillas Gastadas?
No sólo cestas. También soy bueno en otras cosas.
Dicen.
Ya.

IX

CUANDO DIGA YA, Walter. Lo primero que se te ocurra. ¿Preparado?

Ya. ¿Qué ves aquí?

La semana más larga prosigue. El hecho de que ahora tenga una madre de menos parece preocupar a algún mandamás del centro.

Creen que una madre de menos puede desestabilizarme. Creen que podría volverme peligroso de nuevo. Creen que podría volver a querer matar otra vez.

Walter, ¿me estás escuchando?

Presta un poco de atención, ¿quieres?

Cómo querer si no puedo distinguir lo que quiero de lo que dejo de querer. A veces, la visión de unas piernas así y verlo todo rojo es todo uno. Unas piernas pueden arrasar completamente un sistema de valores entero en la centésima parte de una milésima de segundo. Todo aquello que antes tenía para nosotros máxima prioridad queda en anécdota. Las adicciones y las atracciones llegan siempre con un nuevo estatuto

bajo el brazo, dispuestas a imponer disciplina y orden. Ley marcial, la tiranía del impulso.

A partir de entonces todo se pone rojo. En adelante andas listo.

Especialmente si hay piernas de por medio.

También de por medio están estas correas. Me mantienen amarrado al diván, estas correas. Se puede jugar a muchos juegos, con piernas y correas. Sólo que este no es divertido.

Piernas que ni siquiera nos pertenecen. Aunque se nos ofrezcan cada santa noche jamás nos pertenecen. Vivimos de prestado. Los tratamos como si fueran de alquiler, nuestros cuerpos.

Walter, no estás poniendo mucho de tu parte.

Manchas.

Un suspiro resignado.

Ya sé que son manchas, Walter. Lo que quiero que me digas es qué ves en estas manchas.

Sólo son manchas, señorita Fox.

No estamos haciendo progresos, Walter.

Esto es importante, Walter.

Concéntrate un poco, ¿de acuerdo? Es todo cuanto te pido.

Si me concentro puedo ver prácticamente lo que quiera en esas manchas, señorita Fox.

Puedo ver un accidente de circulación, un payaso fumando un puro, un jorobado recogiendo flores en un prado, una niña con tres bocas, un cráter lunar repleto de graffiti, un tobogán que conduce a un bidón en forma de pera, una sartén llena de salchichas conectada a un amplificador de guitarra.

Por poner sólo unos ejemplos. Puedo ver muchas más cosas, si me pongo a ello, señorita Fox.

¿Qué quiere usted que vea, señorita Fox?

Le doy a elegir, ya ve.

Quiero que esto salga bien.

No sabría definir a qué me refiero cuando hablo de *esto*.

Solamente lo primero que se te ocurra, Walter.

Tiene que ser espontáneo, sabes. Si no es espontáneo, no me vale.

Probemos de nuevo con esta otra.

¿Qué ves en estas manchas, Walter?

Manchas, señorita Fox.

Walter.

Estoy siendo espontáneo, señorita Fox.

Lo que pueda yo ver o dejar de ver en las manchas, no importa, señorita Fox.

Sus piernas son mucho más interesantes que las manchas, señorita Fox, si me permite el atrevimiento, digo.

También en sus piernas puedo ver muchas cosas si quiero, señorita Fox, digo.

Walter.

Sábanas rojas, camas en forma de corazón, paseos por la playa, sus manos asiendo el volante de un descapotable y después acariciándome. Felaciones. Un futuro mejor e incluso felicidad. Incluso a la felicidad puedo verla y olerla en sus piernas, señorita Fox. Y son solamente piernas, fíjese.

También puedo ver un futuro criadero de varices, la crueldad de la cera depilatoria, sudor, artrosis, soriasis, gangrena y descomposición, una cena de cinco tenedores con aforo para cinco millones de invitados, se ruega cada gusano se persone con su invitación.

Walter.

Humor carcelario, señorita Fox, veo que no lo coge.

Walter, esto no conduce a ninguna parte.

Exactamente, señorita Fox, y eso es parte del problema. Pura carne con relleno de hueso y nada más: ¿adónde podría conducir algo así?

Walter, quieres hacer el favor.

Lo que yo vea en sus piernas jamás podrá cambiar que sus piernas son solamente carne.

Walter.

Lo que yo vea en sus manchas jamás podrá cambiar que sus manchas son solamente manchas.

En las manchas y en las piernas y también en todo lo demás, vemos solamente aquello que queremos ver, señorita Fox.

Cuando se dice que alguien no puede ver más allá, se debe únicamente a que ese alguien ha elegido no ver más allá, señorita Fox.

¿Has terminado ya, Walter?

Todo es un autoengaño constante e ininterrumpido.

¿Ve usted adónde quiero ir a parar?

Está bien, Walter. Vamos a dejarlo aquí por hoy.

¿Qué quiere usted ver, señorita Fox?

Vete, Walter. Continuaremos mañana.

A una pulsación de la Fox, dos celadores entran y se aprestan a desamarrarme.

¿Qué elige usted ver, señorita Fox?

Walter, sabes que el programa piloto que te mantiene fuera del corredor pende de un hilo. No podré ayudarte, si lo cortas.

¿Ve usted carne o ve felicidad? ¿Ve usted manchas o ve a mil pastores alemanes saltando desde un jarrón de porcelana del tamaño de un bloque de pisos? ¿Cómo disfrutar del juego si no hay reglas y todo vale?

He dicho que seguiremos mañana, Walter.

Quiero contarle algo, señorita Fox: creo que me estoy enamorando.

Walter.

No, de usted no, no me malentienda, señorita Fox.

Walter.

¿Señorita Fox?

La sesión ha terminado.

Sí, señorita Fox.

Fuera, hijo de la gran puta, fuera, me azuzan los celadores.

Sí, señor.

X

SÍ, BRIAN.

Sí. Sí, sí, Brian.

Claro, Brian.

Todo es un asentimiento constante e ininterrumpido.

No.

Mientras dura el asentimiento, todo fluye. Cuando el asentimiento cesa, ahí es cuando comienzan los problemas.

Maldita sea, Walter, creí que querías salir del jodido corredor.

Y quiero salir, Brian. Pero estoy pasando por un mal momento, sabes.

¿Quieres regresar al régimen de aislamiento? ¿Es eso lo que quieres? Porque por mí estupendo. Sólo tienes que decirme y en menos que canta un gallo te cancelamos la terapia y te sacamos del dichoso programa piloto de la Fox.

¿Quieres freírte en la silla como una loncha de beicon? ¿Es eso lo que quieres? Porque por mí estupendo. A una pala-

bra tuya les digo que no a los de la tele y te dejo que crepites tranquilo. ¿Es eso lo que quieres, Walter?

¿Walter?

Tienes razón Brian.

Walter.

Perdona, Brian.

No pasa nada, Walter.

No estaba siendo razonable, Brian, eso es todo.

Soy tu abogado, Walter. Tienes que confiar en mí.

Perdona, Brian.

No pasa nada, Walter. Sólo tómatelo con calma, ¿vale?

Claro, Brian. No me lo tengas en cuenta.

Será el sábado diecisiete, Walter. El programa comienza a las nueve de la noche. A las veintiuna veinte, ahí entras tú. En vivo y en directo. Horario de máxima audiencia. Tendrás a todo el país con la mirada clavada en la pantalla. El trato ya está prácticamente cerrado. Un par de trámites más y me hago con los permisos para que permitan entrar a las cámaras.

Bien.

No me vengas con bien, joder. Es importante que estés seguro de que quieres hacer esto, Walter. No puedes figurarte lo que me está costando sacar toda esta historia adelante.

Te estoy diciendo que sí.

Creo que puedo conseguirlo, Walter. Bastante suerte hemos tenido ya con que te hayan elegido candidato para el programa piloto. Puedo sacarte del corredor, pero sólo si tú me ayudas.

Y te ayudaré, Brian. Te lo estoy diciendo.

Esta es nuestra tabla salvadora, Walter. Conmueve al gran público y el indulto estará tan cerca que casi podremos alargar el brazo y tocarlo con la mano.

Lo haré bien, Brian.

Sabes que a mí no me gusta andarme con rodeos: si la cagas estarás muerto, Walter. Si la cagas con toda esa gente viéndote, entonces la habremos hecho pero que buena de verdad.

No te fallaré, Brian.
 Ya no podré hacer nada por ti, si la cagas.
 Por Dios, Brian, ¿me estás escuchando? No la cagaré.
 De acuerdo entonces. Déjame ultimar cuatro detalles y a
 la que tenga más datos ensayaremos lo que vamos a decir.
 Sí, Brian.
 Tengo que irme ya. ¿Por lo demás todo bien?
 De fábula, Brian.
 ¿Qué coño he hecho con la puta pluma?
 Te la has guardado en el bolsillo de la americana, Brian.
 En el otro. Ahí.
 Ah, sí, gracias. Vete pensando lo que vamos a decir. Es
 importante que tengas claro lo que vas a decir. Lo comenta-
 mos juntos en la próxima reunión, ¿vale? Tengo un poco de
 prisa ahora.
 Claro, Brian.
 Te dejo copias de la documentación por si quieres echar-
 le un vistazo, ¿vale?
 Sí, Brian.
 Nos vemos. Cuídate, Walter, ¿vale?
 Sí, Brian.
 Dale recuerdos a tu hermana de mi parte si la ves, Wal-
 ter.
 ¿Brian?
 ¿Qué?
 ¿Quieres que te diga que sí otra vez o por hoy vas ya ser-
 vido?, pienso.
 Nada, Brian, digo.

XI

CUANDO LA SEMANA más larga termina, entonces da comienzo la semana más larga. Hace que la anterior se nos antoje corta, esa semana. Aquí, adentro, la marca de longitud semanal se bate semana a semana. La última es siempre la primera. Como en el cielo.

Todo es una sucesión constante e ininterrumpida de semanas largas hasta que, de pronto y en un momento dado, un martes o un jueves cualquiera, en mitad de alguna semana, el corazón deja de latir. En adelante ya no hay más semanas, ni largas ni cortas.

A mi corazón, si no se para antes solo o me da a mí por pararlo, lo va a detener el Estado un día de estos. Ha dictaminado que no es una buena idea que mi corazón siga métele que te dale todo el santo día, ese Estado.

Sus razones tendrá, ese Estado.

También yo desactivé un buen número de corazones, en mi día.

También yo tenía mis razones, en mi día.

Hoy no me parecen en absoluto razonables, esas razones. Quién sabe mañana.

Todos tenemos nuestras razones y todos nos aferramos a nuestras razones.

Si nos aferramos a nuestras razones con fuerza suficiente, terminan chocando frontalmente contra las razones de los demás, esas razones.

Entonces se produce el conflicto.

También nuestras razones chocan frontalmente contra razones que nosotros mismos nos construimos en el pasado.

También entonces se produce el conflicto.

Nadie sale victorioso, de ese conflicto.

Todo conflicto produce primero un desgaste paulatino y, más adelante, una destrucción total de las partes implicadas en el conflicto.

El gobernador ha tenido sus razones para firmar la sentencia. La señorita Fox tiene sus razones para aplicarse al programa piloto. Los del Canal Nueve tienen sus razones para querer hacerme una entrevista. Yo tuve las mías, eso es todo.

Las razones son siempre producto de consumo inmediato y efectos catastróficos. Se actúa conforme a lo que dictan y para cuando caducan el mal ya está hecho.

Casi siete billones de caras, cada una con su propio sistema dinámico de alumbrado de razones. Parturientas de explicaciones que sólo entendemos nosotros mismos hasta que dejamos también de entenderlas.

¿Ves adónde quiero ir a parar?

Ni yo.

XII

YO.

Sí.

Por supuesto, señorita Fox.

Claro, señorita Fox.

Todo es un asentimiento constante e ininterrumpido.

No, señorita Fox.

Pero llega un punto en que abrir la boca y que brote una negativa es todo uno.

Una negativa y que comiencen los problemas es todo uno.

El conflicto. Sí, el conflicto.

¿Por qué no quieres hablarme de tu madre, Walter?

Me gustaría hablarle de mi madre, señorita Fox.

Pero no hay nada que contar, de mi madre, señorita Fox.

¿Por qué no quieres hablarme de tu madre, Walter?

Porque es una historia tan corta que da pánico.

Mi madre vivió sobrepasada por todo y murió sobrepasada por todo. Fin. ¿Le ha gustado, señorita Fox?

¿Quién querría escuchar una historia así?

También a mí todo me sobrepasa, señorita Fox.

¿Qué hace un hombre en una situación que le sobrepasa, señorita Fox?

Hablar, Walter. Hablar sobre ello como estamos haciendo ahora tú y yo.

Tal vez. Pero, ¿qué hace ese hombre si son dos las situaciones que le sobrepasan?

Seguir hablando, Walter. Pasa así poder resolverlas, esas situaciones.

No. Déjeme decirle: cuando a un hombre le sobrepasan dos situaciones: grita.

¿Qué hace un hombre cuando todo le sobrepasa? Mata. Termina matando, ese hombre. Termina matando para no tener que matarse, ese hombre.

Un hombre al que todo se le va de las manos, un hombre absolutamente incapaz de salir de las situaciones que va creando, termina primero gritando y más tarde matando sin ton ni son.

Lo llevamos dentro, señorita Fox.

Lo heredamos de nuestros antepasados, señorita Fox.

Las ratas, señorita Fox. ¿No ha oído hablar de cómo se comportan cuando las acorralan?

Tal vez fueran ellas quienes lo copiaron de nosotros.

No sabría decirle.

Es tremendamente complicado manejar todo esto, señorita Fox.

Yo ya no puedo, señorita Fox. Y las instrucciones que usted me da vienen en un idioma extraño y desconcertante. No me sirven, señorita Fox.

Tampoco las de mamá me sirvieron, señorita Fox.

Manejamos dos máquinas distintas, señorita Fox. Sus instrucciones no funcionan con mi modelo, señorita Fox.

Aborrezco su modelo, señorita Fox. Pero me gustan sus piernas.

Se está usted equivocando conmigo, señorita Fox. También mamá se equivocó siempre conmigo.

Yo mismo estoy siempre a un tris de equivocarme con usted cuando le miro las piernas, señorita Fox. Cuando miro sus piernas veo muchas cosas en usted que sencillamente no están ahí.

Todo es una equivocación constante e ininterrumpida, señorita Fox.

¿Ve usted adónde quiero ir a parar?

La verdad es que no, Walter.

¿Ve?

Ffjergjrripggjre, le dijo el alacrán al oso polar.

Distintos modelos.

XIII

UN RECLUSO MODELO, este Rodillas Gastadas.

Se somete como una ramera que precisara dinero para sus hijos. Sólo que no tiene ni hijos, ni dinero, Rodillas Gastadas. A este ritmo pronto ni rodillas le van a quedar.

Sumisión gratuita y libre de impuestos. Un artículo popular, ese es Rodillas Gastadas.

Gasta menos que un diésel, este Rodillas Gastadas.

Con apenas medio sentimiento cubre cien mil kilómetros, Rodillas Gastadas.

Se pasa el día avergonzándose de los despilfarros de Walter, Rodillas Gastadas.

La señorita Fox anda medio disgustada con él, me temo.
¿Walter Pacifico?

Por aquí, Walter.

Abre la boca, Walter.

Anda, no te me hagas el remolón, Walter.

Medicación. La pastilla. Abre la boquita.

De chaval, yo era ya un chaval torcido y solitario. Hacía novillos a todas horas, de chaval. Les pedía a los niños mayores talonarios de sorteos de navidad caducados y los fotocopiaba. Lo que sacaba de vender los cupones por el barrio, lo gastaba en vicio.

Los refrescos y las máquinas recreativas eran mis vicios, de chaval.

Un chaval que quiere un refresco es un chaval con foco y, por consiguiente, un chaval salvado.

Respira más a gusto cuando quiere echar una partida a una recreativa, ese chaval.

Había una máquina recreativa en un bar cerca de la escuela que me tuvo completamente absorbido durante dos cursos enteros. Era muy popular, esa máquina. No le recuerdo el nombre exacto, a esa máquina.

Comecocos, la llamábamos.

El juego consistía en ir dando vueltas y vueltas por un laberinto huyendo de unos monstruos que te perseguían todo el rato. No te dejaban tranquilo jamás, esos monstruos. En cada fase había unas pastillas especiales.

Te hacían poderoso, esas pastillas.

Tras comerte una de aquellas pastillas, eran los monstruos quienes huían de ti. Podías comerte a los monstruos, tras comerte una de aquellas pastillas.

Entonces los efectos de la pastilla caducaban y ya tenías a los monstruos dándote caza de nuevo.

Si te agarraban, andabas listo.

También jugando a aquella máquina recreativa yo era tremendamente malo.

¿Ves adónde quiero ir a parar?

Prueba a tomarte tu medicación.

Saca la lengua, Walter.

Te sentirás mejor, créeme Walter.

A los efectos de toda pastilla, termina venciéndolos siempre nuestra propia cabeza, que se muere siempre por sentirse mal de nuevo.

Cuando los monstruos marchan de vacaciones, nunca se van lejos.

Guardan celosamente el ticket de regreso en el bolsillo trasero del pantalón, esos monstruos.

No hay carterista ni pastilla que sea capaz de robarlo, ese ticket.

Lengua fuera. Así me gusta, Walter. Buen chico.

Traga, Walter.

No escupas, Walter.

Eso es, Walter. Buen chico.

Trágate todo, Rodillas Gastadas.

No escupas, Rodillas Gastadas.

Eso es, así me gusta, Rodillas Gastadas.

Todo es un tragar constante e ininterrumpido.

XIV

MARTES Y A TRAGAR tiempo en espera del fragmento del afuera que nos llega ensobrado y matasellado.

¿Walter Pacifico?

Tu correo.

Los jugadores de rol, los politoxicómanos, las feministas, los nazis, los psicólogos amateur, el Ku Klux Klan y el resto de mi club de fans, todos quedan convidados a entablar tertulia a través de la sordina del sobre en el fondo de la papelera.

Las gentes desesperadas contagian únicamente desesperación y nada más. Se les pega a la sombra y a las cejas, esa desesperación. Son generosos como quien blanquea dinero negro, con esa desesperación. Se la regalan los unos a los otros como si les quemara en las manos, esa desesperación.

La reparten casa por casa como si hubiera exceso de stock. Hay siempre un acuerdo tácito que prohíbe mencionarlo, ese reparto. Tiene siempre lugar en la sombra, ese reparto. Nuevos emisarios y la plantilla de distribuidores crece.

Flotas de decenas de miles de vehículos repartiendo a domicilio antes de que las miserias se enfríen.

Todo es una retroalimentación constante e ininterrumpida.

Conque la aparto toda a un lado, a esa desesperación.

Así es como le detengo las ruedas, a esa retroalimentación.

¿Cuántas decenas de doses han de pasar por nuestras manos hasta que nos toque por fin un as?

Letra femenina, curvilínea, ondulante.

Cindy.

No una carta. Esta vez una postal, solamente. Una frase, solamente:

Mañana vengo a verte. ¿Querrás recibirme?, dice.

Dos frases, en realidad.

Una postal improvisada. Un pedazo de cartón marrón recortado, en realidad.

En el anverso, dos frases. Una profunda sensación de irrealidad, en realidad.

En el reverso, una foto pegada precisamente en el centro mismo de ese pedazo de cartón marrón.

La foto de una mujer, precisamente.

Un pequeño tatuaje en su hombro. Una rosa, en el hombro de esa mujer.

Cindy.

¿Querrás recibirme?

Me la acerco a la nariz y aspiro profundamente.

Huele a cola en barra y a nada más.

XV

A TODO EL MIÉRCOLES lo transcurro callado, tratando de no recibir hasta la hora de visita.

Es sencillo recibir, aquí, adentro.

Siempre toca, en la tómbola que tenemos montada aquí, adentro.

¿Navajazo o verga?, dicen los boletos.

¿Walter Pacifico?

Tienes visita.

Caray con Rodillas Gastadas, muchachos.

Tú sí que sabes, Rodillas Gastadas.

Venga, vosotros, ahuecad de aquí y dejad en paz a la pareja o ya veréis cómo se os pasa la risa en la celda de incomunicación.

¿Quién es Rodillas Gastadas, Walter?

Nadie, Cindy. Nadie.

Eres como en la foto, Cindy. Justo como en la foto.

Pues claro, ¿qué esperabas?

Cosas malas, Cindy.

No hay nada malo en que nos veamos. Yo al menos no creo que haya nada malo, Walter.

Tenía tantas ganas de conocerte, Walter.

¿Walter?

Perdona.

¿Perdona qué? ¿Qué es lo que tengo que perdonar, Walter?

Nada, Cindy. Por si acaso.

¿Por si acaso qué?

Sólo por si acaso. Yo también tenía ganas de conocerte, Cindy.

Bien, pues aquí estoy.

Sí.

Es un poco incómodo, esto del cristal, ¿no?

Es por tu bien que lo hacen, Cindy. Lo hacen porque somos peligrosos aquí, adentro, Cindy.

A mí no me pareces peligroso, Walter.

Sí, bueno, pero soy un peligro. Para qué quitarle hierro a la cosa, Cindy.

Me he cargado a montón de gente, Cindy.

No digas esas cosas, Walter.

Es la pura verdad.

Lo estoy estropeando todo, ¿verdad Cindy?

Esto no está resultando como tenías pensado, ¿no es así, Cindy?

¿Te estoy defraudando ya, Cindy?

Dame tiempo y te defraudaré más aún. Verás.

Yo quiero que esto salga bien, Cindy, pero cada vez que abro la boca noto cómo todo se me va más y más de las manos.

Está bien, Walter.

Cálmate, Walter.

No me estás defraudando, Walter.

Eres tal y como te había imaginado, Walter.

Cindy continúa hablando. Ojalá que prosiguiera para siempre. Me siento resucitar, a cada palabra suya.

Me hace sentir muy bien y muy mal a un tiempo.

Como casi todas las drogas.

A Rodillas Gastadas no le gusta un pelo el cariz que está tomando la situación.

Le hace sudar y temblar, y así no hay quien sea pura piedra.

XVI

ES UNA MANO AMIGA la que me la facilita, mi droga.

Estoy sentado en el patio de prisión fumándola, mi droga.

Son los cigarrillos, ahora, mi droga. A medida que hablo me gano mi cigarrillo. El salario que me paga el Puertas es siempre un salario nicotínico. Camel, dice la nómina, aquí, adentro.

El cigarrillo es blanco y perfecto. Crepita ligeramente cuando le aplico la llama. Es mil veces más real que una transferencia bancaria, ese cigarrillo.

A diferencia de todos los empleos que tuve antes, afuera, no se trata de un trabajo manual, el que hago para el Puertas. Teniendo en cuenta que hay siete billones de voces ahí afuera desviviéndose por contar lo suyo no me puedo quejar, de mi trabajo.

Me paga por hablar, el Puertas.

Es un personaje singular, el Puertas. Lo metieron adentro por hacer el mal sin salir de casa y sin levantar el trasero de su silla, al Puertas.

Es casi tan taciturno y huraño como yo, el Puertas.

Lo hice con mi ordenador y con una línea telefónica, dice el Puertas.

Les jodí pero que bien, dice el Puertas.

Fueron decenas, las úlceras de duodeno que criaron antes de que logaran agarrarme, dice el Puertas.

Son mis grafititis, las úlceras que esculpí en todos aquellos duodenos adinerados, dice el Puertas.

Son mis bebés bastardos, esos grafititis, dice el Puertas.

Son el símbolo de mi paso por la Tierra, esas úlceras, dice el Puertas.

Sé que no es gran cosa, dice el Puertas.

La vida no da para más, seguramente.

Se dice que, cuando la policía llamó a su puerta para detenerle, el Puertas se sacó un moco y con una sonrisa de oreja a oreja se lo pegó en la frente a un agente.

Se dicen muchas cosas, del Puertas. Y casi ninguna es cierta.

Se dicen muchas cosas acerca de todo y de todos. Y casi ninguna es cierta, dice el Puertas.

De lo poco que se dice de verdadero, afuera, casi nada es interesante, dice el Puertas. Es por eso que todos tienden a mentir constante e ininterrumpidamente acerca de todo, dice el Puertas.

Aquí, adentro, puedo oír cosas ciertas y a la vez interesantes, dice el Puertas.

Esa sí es una combinación rara de verdad, dice el Puertas.

Eh, Puertas, no nos malacostumbres a Rodillas Gastadas con mimos, que a ella le va el rollo duro.

Largo, dice el Puertas.

Yo hablo y el Puertas toma notas con un bolígrafo de plástico en libretas sin tapas. Las tapas de las libretas las destina siempre a confeccionar boquillas para sus porros, el Puertas.

Se dice que ha andado enganchado y colgado de todo durante años, el Puertas.

Ahora sólo fuma marihuana y escucha todo el tiempo, el Puertas.

Ahora es un yonqui de las historias, el Puertas.

Esa es la única sustancia de la que jamás he conseguido quitarme, dice el Puertas.

Sin historias, habría tenido que matarme hace ya años, dice el Puertas.

También a mí me han sucedido historias, pero mis propias historias me resultan demencialmente aburridas, dice el Puertas.

Las únicas historias que somos capaces de valorar son siempre las historias de los demás, dice el Puertas. Valorar es envidiar, dice el Puertas.

Sigue dándome envidia, me azuza el Puertas.

Yo prosigo contando lo poco que sé.

Cindy.

Cigarrillos a cambio de historias.

Es un buen trato.

XVII

EL TRATO ESTÁ YA casi cerrado, Walter.

Todo arreglado, Walter.

No me falles ahora, Walter.

Me han dicho que estás en tratamiento de nuevo. La Fox cree que puedes venirte abajo de un momento a otro pero tú y yo sabemos que todo eso son puñetas. Que vas a aguantar duro ahí.

Como un hombre, Walter. Como un hombre.

Por cierto, siento lo de tu madre, Walter.

Podrías habérmelo contado, Walter.

Tienes que contar conmigo como abogado. Pero en mí tienes también a un amigo, lo sabes, Walter.

Tienes que contármelo todo, Walter.

Lo de tu madre nos viene ni que pintado, Walter. Ni que pintado nos viene.

No quiero que me malentiendas, Walter. Siento lo de tu madre.

Míralo así: tu madre estaba muy mayor ya. Su fallecimiento en este momento preciso es el mejor regalo de despedida que podría haberte hecho.

Una muerte en la familia siempre viene de maravilla frente a cualquier estrado, no digamos frente a las cámaras.

Las cámaras piden muerte de forma constante e ininterrumpida. Especialmente crímenes atroces y fallecimientos familiares conmovedores.

Contigo contábamos con crímenes atroces. Ahora, gracias a tu madre, también contamos con un fallecimiento familiar conmovedor.

La redención de un asesino a través de la defunción de la madre: esa sí es una historia, Walter.

Los media te adorarán, Walter.

Debieras haberme dicho lo de tu madre. Ahora tendré que rehacer todo el guión que traía preparado. Tienes que confiar siempre en mí, Walter.

No pasa nada, Walter.

Tenemos tiempo, Walter.

Contar esa historia y tener a todo el país volcado en tu favor va a ser todo uno, Walter.

Tener a todo el país volcado en tu favor y conseguirnos el indulto va a ser todo uno, Walter.

Todo tiene truco, Walter. También los juzgados y los media tienen truco. Y yo soy un puto mago, Walter.

Te voy a sacar de mi chistera y vas a lucir más adorable que un conejito con lazo, Walter.

Es importante que tengamos claro lo que vamos a decir, Walter. Un cabo suelto y nos engullirán como a dos huevos duros.

Dame tiempo para confeccionar un nuevo guión y vuelvo en un par de días, Walter.

Recuerda, soy Houdini y soy tu amigo, Walter.

Ahora sólo nos queda terminar de perfilar quién vas a ser tú, Walter.

No vayamos ahora a quitarle hierro al asunto: tal como están las cosas, ahora mismo para ellos eres el asesino, Walter.

También has sido transportista, guardia jurado y fumigador. Cuñado entrañable, lector compulsivo y fumador empedernido, Walter.

Lo del tabaco no nos conviene, no vayas a mencionar que eres fumador, Walter. Lo que quiero decir es que la cualidad que más se destaca de tu persona es siempre la cualidad de asesino.

De todas las cualidades de alguien, siempre se tiende a destacar una cualidad con la que, en adelante, se etiqueta a ese alguien.

Facilita enormemente la metabolización de la realidad, esa etiqueta.

A partir de entonces se ve para siempre obligado a cargar con esa etiqueta, ese alguien.

Pesan como losas de granito, esas etiquetas.

Terminan rompiendo muchas espaldas, esas losas.

El truco está en manejar al gran público hasta un rincón y en darle a leer la etiqueta que nos convenga, Walter.

Pobre hombre, pobre infeliz, dirá nuestra etiqueta.

Tenemos que trazarla de modo que su lectura sea impecable y que al mismo tiempo nadie se dé cuenta de que se la estamos dando a leer, esa etiqueta.

Ahora tengo un poco de prisa, Walter.

Dale recuerdos a tu hermana de mi parte si la ves, Walter.

Allá vamos.

Desconexión.